

EL ZURRIAGO



VAPULEA LOS DOMINGOS

Zurraré á los majaderos
que explotan á los obreros.

Lo mismo que á los farsantes
y á los sabios ambulantes.

Pero suplico á *El Progreso*
que no se asuste por eso.

Pues guardo lo principal
para *La Aurora Social*.

No imitaré, viva Dios
á ninguno de esos dos.

Pienso decir la verdad
a toda la humanidad.

Mas sin mentir ni injuriar
ni á la decencia faltar

Y á quien así no lo crea
¡buen arreglo! que me lea.

AÑO I | PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Un año. 3,00 pesetas
Un semestre. 1,50 »

ANUNCIOS Y COMUNICADOS

Precios convencionales. La co-
rrespondencia al Administrador.

NUM. 23-

Pravia 6 de Junio de 1902

LA CUESTIÓN SOCIAL

CARTAS A UN OBRERO

XIX

Mi querido X: Supongo que habrás leído con el detenimiento que merecen, las gravísimas palabras del Papa, que formaron casi toda mi carta anterior. Supongo que las habrás leído con mucha curiosidad y acaso, acaso con verdadera sorpresa, pues tales barbaridades os dicen algunos mentecatos respecto á cómo se trata la Iglesia, que te habrás quedado turulado al ver con tus propios ojos, no solamente que las palabras del Papa no son de un enemigo sino tal vez más enérgicas, aunque menos declamatorias y menos artificiales que las declamaciones tontas de quienes se os presentan como vuestros únicos amigos y protectores. Y supongo más; supongo que, maravillado de la valentía con que el Padre Santo plantea la gran cuestión y del modo cómo defiende vuestros derechos y desmascara á vuestros explotadores, habrás leído varias veces aquella pintura admirable de vuestra situación, concluyendo por guardar mi carta, no sólo para releer las palabras de León XIII sino para presentarlas á los que tienen vergüenza, abusando de vuestra ignorancia, para deciros que la Iglesia está conforme con que los ricos os exploten.

Y supongo todas esas cosas porque todo lo merecen las enérgicas expresiones del Vicario de Jesucristo, las cuales deben ser muy estudiadas y comentadas. Hagamos un poco de *leader* despreocupado, ó de patrono sin conciencia, y *explotemos* algún tanto esas preciosas palabras de León XIII, para que las comprendas mejor. En ellas verás planteada, con toda su crudeza, la cuestión obrera.

Y ante todo, para proceder con orden y claridad, el Romano Pontífice afirma desde luego una gran verdad, al explicarnos en qué consiste esa gran cuestión, que se reduce al presente malestar de los obreros y á los medios conducentes al mejoramiento de esa situación injusta é insostenible. La clase obrera, la más numerosa, «hállase, sin merecerlo, en una situación desgraciada y calamitosa,» y sobre sus hombros ha sido colocado «un yugo que difiere poco del de los esclavos.»

En fin los obreros están mal, muy mal, generalmente hablando, y porque se trata de ciudadanos riquísimos, de hermanos nuestros, de cristianos como nosotros, de una parte muy esencial de la sociedad; porque en ésta no debe haber ni malestar ni tiranía, es necesario buscar medios para remediar esos males. ¿Cómo se puede conseguir ese noble ideal? Aquí tienes planteada la gran cuestión que hoy agita al mundo.

Como ves, el Papa no anda buscando medios absurdos. No trata de establecer igualdades imposibles, no intenta destruir el orden de la naturaleza, acabando con obreros y patronos, cosas muy bonitas para prometidas por quienes sólo tratan de engañaros, pero irrealizables por completo. El Papa es un poco más práctico y no se anda en tonterías; los obreros están mal y es preciso mejorar su situación. Esta es toda la cuestión obrera. Todo lo demás es música y ganas de poner las cosas en peor estado. Luego tenemos ya, perfectamente explicada por León XIII, y en términos que todo el mundo comprende, la cuestión que tanto embrollan algunas calamidades de esas que ahora tanto abundan entre vosotros.

Dicen esas calamidades mencionadas, que para nosotros, para los católicos, para la Iglesia, en una palabra, la cuestión obrera se reduce á la poca calma, á la falta de resignación en vosotros. Eso es una calumnia necia. Nosotros no nos escondemos para hablar claro:

los sacerdotes dicen á todas horas lo que opinan respecto á esa cuestión, y, aparte de sus muchos escritos y predicaciones, todos nosotros, los seglares y los sacerdotes, seguimos en esto, como en todo, al Papa; y el Papa ha expuesto con tanta claridad su pensamiento que únicamente quien obre de mala fe puede afirmar que para la Iglesia católica la cuestión obrera es la cuestión de ver cómo se hace á los obreros resignados con su mala suerte. No, hombre, eso es mentir á sabiendas, ó hablar de lo que no se entiende. Para la Iglesia, esa cuestión no es de saber cómo os haréis más resignados, sino de ver cómo mejoráis de condición.

Vivís muchos de vosotros explotados; hay que ver cómo se puede acabar con esa explotación: os halláis por lo general en una situación calamitosa y desgraciada; hay que ver cómo se os saca de ella: soportáis un yugo parecido al de los esclavos; es indispensable conseguir que lo sacudáis. ¿Cómo se puede impedir esa explotación, sacarnos de la situación mencionada, sacudir ese yugo? Según León XIII y según los sacerdotes y según los católicos todos, á eso queda reducida la cuestión social. ¿Puedes decir que esto no está claro?

¿Puede nadie, si no es un embaucador miserable, ó un tonto de capirote, decir que tal como la Iglesia entiende la cuestión social vosotros no tenéis nada que esperar de sus enseñanzas?

¿Y la cuestión obrera consiste en otra cosa, fuera de lo que dice el Papa? No, nadie que esté en sus cabales puede negar que esa gran cuestión consiste en averiguar cómo es posible mejorar la situación calamitosa en que vivís. Luego el Papa y los católicos no desfiguramos la cuestión, sino que la planteamos tal cual es. Aquí no hay embrollos ni engaños.

Otro día veremos cuáles son las causas de la cuestión, su gravedad, etcétera.

Tuyo

UN AMANTE DE LOS OBREROS

¡Qué Vergüenza!

Acostumbrado Vigilá tratar con obreros sencillos, á quienes se engaña fácilmente, creyóse un gigante y pensó que no había en el mundo hombre para él.

Así es que elegido concejal por sesenta votos, y viéndose combido, se lió la manta, y después de pegarse unos bombos escandalosos, se dirigió á los neos de *El Carbayón* desafiándolos á discutir las cuestiones sociales que, según él dice, son el objeto preferente de sus estudios. ¡¡Limpíate, guapo!

El desafío no iba firmado por el propio Vigil, aunque suyo era, pues ya sabe el lector, que Miguel Lavín, el firmante, es el mismo Manolillo.

Los obreros que aún no habían descubierto el embrollo, pues eso triunfo estaba reservado á mi perspicacia, aun cuando creían que el autor del bombo y del desafío no era Vigil, al ver que éste publicaba uno y otro, disculparon el primero en gracia á lo bonito del segundo.

«Vigil, con el solo hecho de publicar la carta firmada por Lavín, desea que los retrógados discutan con él, y está dispuesto á demostrarles que nos engañan los curas, que cuantos van á misa explotan al obrero, que las doctrinas redentoras de la clase trabajadora no están más que en el socialismo.»

Los obreros se entusiasmaron con el arranque de Vigil á quien algunos ya comenzaron á llamar

pío, felice triunfador Trajano ante quien muda se postró la tierra,

Creían esos obreros infelices que el reto lanzado por Lavín y dado de paso por Vigil (aun no sabían que eran una misma «persona») no iba á ser recogido por ningún clerical, como llaman los obreros «ilustrados» á los católicos.

Y, caso de que el reto fuera aceptado, suponían que Vigil iba á triunfar en toda la línea.

En cambio Vigil no creyó que su desafío iba á ser admitido.

—«Aquí todos me conocen y no

es posible que nadie tome en serio el desafío, pues saben todos que soy una madreña social—decía el bueno de Vigil.—Y los obreros creerán que es que me tienen miedo los clericales y yo quedaré á una altura...»

No había acabado de hablar consigo mismo el majadero, cuando salió *El Carbayón* admitiendo el desafío, planteando las cuestiones con toda claridad y ofrecien lo sus columnas á Vigil ó pidiéndole las de la *Aurorilla*, para discutir donde y como el leaderuco quisiera.

En esto sale mi señoría zurriaguística y, planto el ya famoso *Desafío* en mi primer número.

Los obreros que aún creían en Vigil se decían, frotándose las manos de gusto:

«¡Bien va, bien va! El ZURRIAGO y *El Carbayón* aceptan el desafío lanzado por Vigil y se atreven á prometer nada menos que la demostración de que Vigil no sabe una palabra de cuestiones sociales. La paliza que esos clericales van á llevar será de las de pistón. ¡Pobres de ellos en cuanto salga *La Aurorilla*...»

Pero, amigos, salió la *Escupidera* y nada, del desafío ni una palabra.

«Es que Vigil se está preparando para que la tunda sea de órdago,—decían los obreros vigilianos.

Salieron varios números de la *Aurorilla*, y del desafío aceptado ni mención siquiera.

Entre tanto *El Carbayón* repitió varias veces que aceptaba el reto, ofreciendo a Vigil todas las facilidades, y viendo que no había con quien tratar abandonó este asunto.

Yo que soy muy terco, vengo publicando el desafío en todos los números, y Vigil no contesta.

Entre bombos inconmensurables él fué quien desafió primero.

Se le aceptó el reto y no responde.....

Obreros, ¿esto no es el colmo de lo vergonzoso?

Ahí tenéis á Vigil desenmascarado.

Pegándose bombos y llamándose *resaca* y héroe y no se cuántas cosas más.

Desafiando á los malandrines clericales.

Y no contestando cuando se le acepta el desafío...

¡Qué vergüenza!

Y aun hay obreros que hacen caso de ese.... «persona»

¡Qué vergüenza!

Y eso, *cordeira*, que prometimos Echar *regueños*, cantar al astro Que en Mieres vive, que en Mieres brilla, Al que es de Mieres la maravilla, Al gran prodigio que llaman Castro.

Así te ruego Que á ese gallego Dediques *logo* tu cantinela *Mientras* yo toco la *gallegada*, Pa que la cante la su manada *Cando* el gran *Trocás* entre en la escuela *Con* el garrote

Y retorciendo su gran bigote, Que este *magister* por su mostacho Es más ilustre y más famoso Que por su aspecto noble y hermoso Y por su cara de gran borracho.

Alguno dice Que el infelice, Rabo entre piernas, del Ferrol vino Porque aseguran que allá en Galicia No sé que tuvo con la justicia, Por lo que en Mieres mi peregrino Sentó sus reales

Y allí se arregla con sus iguales Y allí consigue pasar por astro Y en Mieres vive y en Mieres brilla Y hasta es de Mieres la maravilla El gran prodigio que llaman Castro. *Cuando* entró en Mieres Unas mujeres

Al *probe* Trocás, al Castro errante Con un retrete le confundieron, Y cuando al cabo reconocieron Que era hombre *aquello* tan repugnante, De él se burlaron

Y *melonazo* le apellidaron, Por lo que Trocás sacó la espada Y dijo, airado, con fiero tono: *¡Yo melonazo!*... *bono*... pues *bono*... *¡Quieren* *ustedes* una tajada? *Con* esto el hombre Ganó el renombre

Morrocotudo de nuevo Aquiles Y hoy nadie puede decirle jota Si no le agrada, porque alborota Y á todos llama pillos y viles Y si se apura

Puede hasta abrirles la sepultura Que nadie puede con el gran astro Que en Mieres vive, que en Mieres brilla, Con quien de Mieres es maravilla, Con el prodigio que llaman Castro. *Cuando* se *curita* Se despepita

Y casi siempre sabe *enr'arse* *Cando* en los centros habla al obrero, Que allí sus voces valen dinero Porque le pagan por enfadarse, Y con su *cenia*, Sus aspavientos y su *elocuencia*, Consigue el *Trocás* la mar de veces Que se entusiasme *buena* la gente, Aunque resulta generalmente Que ha sido el ruido más que las nueces.

Peru no hay nada, Musa adorada, Do más se muestre de Juan el genio Que en su *apacible* literatura Pues van sus alas por tal altura Que no le alcanza ningún ingenio; Que nadie puede

Tantos horrores dictar adrede Como, ignorante dicta el gran astro Que en Mieres vive, que en Mieres brilla, El que es de Mieres la maravilla, El gran prodigio que llaman Castro. *Cuando* en *La Aurora* Su pena llora,

Tanto se *curita* que nos divierte Y hace, *menina*, reír su pena Y cuando *conta* su suerte buena, Hace que todos lloren su suerte, Y es tan *babieca*

Que el muy famoso *foroba* *enteca*, El campanudo *literatillo* Más desgraciado que puede darse No quiere á Trocás (¡ay!) igualarse, Aunque le demos, dice, un pitillo. Y aquí, con esto, *menina*, quiero

Dar fin al canto despampanante, Que es muy posible siga adelante Dentro de poco, porque yo espero Que vuelva ahora

A dar noticias en *Miss Aurora* El que consigue pasar por astro En la gran Mieres, en donde brilla, El que es de Mieres la maravilla, El gran prodigio que llaman Castro.

sin salida porque temería en contrarme con alguna señora dolorida que nos partiese el corazón con sus gemidos, y á los zurriaguistas como gente joven y de buen humor, no nos gustan lamentos.

¿Será que Canalejas tiene buen ojo para *cazar* pedagogos dignos de llevar á cabo con gloria las empresas del Instituto del Trabajo, dejándola después chupando el dedo y con un palmo de narices? Conteste á esto el desconsolado y solitario Sela. Es imprudente mentar la soga en casa del ahorcado. Hay muchas maneras de *tomar el pelo*, y ese Canalejas es capaz de tomarlo al más majo. Tu que no puedes llévame á *cuestras*.

Para explicar el *genio cazador* de Canalejas, y comprender el fin que él persigue en su *cacería* y propaganda por los pueblos, es necesario copiar algún parrafito, que tomado de *El Imparcial* del 24 de Mayo de 1890, aparece en un libro de Sociología. Dice así. «Vulgar es de puro sabido que las sociedades humanas comenzaron por los pueblos cazadores, siguieron por los pueblos pastores y continuaron por los pueblos agricultores, industriales etc. Esta forma de evolución se manifiesta también con caracteres particulares de las sociedades ya formadas. En nuestra sociedad española y en la particular esfera de la política, somos un pueblo cazador. Todavía no hemos podido pasar de ahí. De la caza viven prohombres y parcialidades. Cazar el poder es el objetivo de los partidos; cazar la cartera, el acta, la credencial cuando no el negocio, es el propósito de cada miembro de la agrupación. Cazar los errores, las contradicciones, las flaquezas, las irregularidades de los que mandan es la ocupación de las oposiciones.»

¿Y qué es lo que se propone *cazar* el Ministro de los latifundios? Pues se propone *cazar* la jefatura del partido. Lo ha dicho él mismo. Un periódico de Madrid le atribuye esta frase «O llego á ser el jefe indiscutible del partido ó me hundo para siempre.»

Pues ya puede darse por hundido, pues él mismo confiesa que tiene el cerebro *incendiado*, y de temer es que se le derritan los sesos.

¡Pobre Canalejas! ¡Qué triste es caer en el ridículo! Teme no apuntar bien en la *cacería* y va guiado por Blasco Ibañez; por el mismo que hace poco, en aquellos días en que Canalejas iba al lado de Polavieja *por mor de la casa*, publicó un artículo en *El Pueblo* de Valencia, recordando que Canalejas había sido traidor á Martos, á Zorrilla, á la República etc., etc., y que si quería saber las simpatías que contaba en Valencia, que fuera por allá y que le recibirían «con concierto vocal y lluvia de adoquines.»

¿Y ahora entra Canalejas en Valencia del brazo de Blasco Ibañez! Y dice que *si vuelve la espalda que le fusilen*.

Pues si cada vez que ha vuelto la espalda le hubiesen fusilado no hubiese hecho el daño que está haciendo á la Iglesia, ni hubiese tenido necesidad de lavar ahora camisas y calzoncillos, que según voz pública es la labor á que se dedica, sin duda para apagar con el agua los incendios del cerebro y presentar pruebas prácticas de que es *obrero manual*.

Todo su afán es convencer á sus camaradas de que él no cambia. Y á este propósito ¡trae cada *despropósito*! Ha dicho en Valencia que el cielo y el mar no cambian (*mentira*) y que tampoco él cambiará. Sin duda debió de decir que el cielo y el mar, están en continua mudanza, y que así serán también sus cambios y mudanzas.

Y es que el pobre ex-amigo de la Santofña tiene grabada una idea jes decir, la *caza* de la jefatura! y esta idea absorbe las demás, y le hace decir lo que no debiera para no ponerse en evidencia.

Con estos antecedentes, viendo el *genio cazador* de Canalejas deben estar apercibidos los obreros para no dejarse engañar por estériles promesas de quien busca ahora á los trabajadores para que le sirvan de peldaños á fin de escalar las alturas donde está la *caza* que él tanto ambiciona.

Al oír los obreros hablar de socialismo, de *repartos* de latifundios, y de la tristísima condición de la clase trabajadora, á quien vive en la opulencia, rodeado de comodidades, halagado por la fortuna, y aposentado en soberbio é *histórico* alcázar, deben desconfiar temiendo que el *cazador* les dé gato por liebre; de suerte que los obreros se vean precisados á comer el gato y el *cazador* la liebre. Para terminar. El *Heraldo* quiere hacer ver las simpatías del *amo* entre los obreros, y cuenta que en el viaje de propaganda de Canalejas, éste quiso dar la mano á un obrero; pero el obrero le dijo:

—Están sucias, don José.

—Las hay más sucias—contestó el *gran apostol*.

¡Y vaya si las hay! Y si no, que se levante la Duquesa y que lo diga.

EL ZURRIAGO da la voz de alerta: ¡Ojo, mucho ojo con el *cazador*!

Nuevos Burgueses

Nada, nada, eso de la burguesía es intolerable.

¿No ven ustedes cómo los ricos comen y se divierten á sus anchas, mientras que el pobre obrero suda la gota gorda, y no gana para sal?

Para el burgués los manjares del cados, el lujoso palacio... las delicias de Capua.

Para el desheredado de la fortuna el hambre, la desnudez, las fatigas los sudores, el tormento.

Y luego ¿cómo se divierten los ricos!

¿Cómo insultan la miseria y triste condición del menesteroso, derrochando cuantiosas riquezas en saraos y teatros, en orgías y *banquetes*!

¿Cuántas necesidades pudieran remediarse sólo con lo que se desperdicia y malgasta en una sola de esas ostentosas fiestas!

Así discurren y así piensan muchos obreros, azuzados por los prohombres del socialismo, siempre prontos á sacar partido de las debilidades y extravíos del prójimo, para sembrar el odio en el corazón del pobre contra el rico, á quien presentan como la causa única del malestar y miseria de la clase trabajadora.

Y á la verdad no seré yo quien precocione ese nefando sibiritismo de la vida moderna en los hombres del gran mundo.

No, señor. Alguna vez hay que dar la razón á los *leaders* del socialismo.

Y en mucho de lo que dejo apuntado la tienen indudablemente.

Pero, esos apóstoles del socialismo, y los obreros todos que así censuran á los ricos por su refinamiento en el goce de los bienes terrenos ¿son en realidad enemigos de esos placeres, de esas comodidades y diversiones de los burgueses?

¿No derrochan y malgastan también los obreros?

Muchas necesidades de los pobres pudieran indudablemente ser remediadas sólo con que á eso dedicaran los ricos parte de lo meramente superfluo.

Es indiscutible.

Pero ¿no es también verdad, que muchos obreros están en la indigencia, porque á ella les llevan sus vicios y sus desórdenes?

Es muy socorrido eso de ponderar la angustiada situación de los obreros.

Sin advertir que el más necesitado es con frecuencia el mas derrochador.

En cafés, tabernas y tugurios de todas clases rueda el dinero sin lástima, y allí en un día, en unas horas malgasta el obrero lo que con tanto sudor ha ganado en una quincena entera de penosa y asidua labor: lo que debiera constituir el ahorro del hombre previsor, cuando no el pan de los hijos y de la esposa hambrientos y desnudos...

Y á quien tal hace, y así obra, hay que anatematizarlo y execrarlo, no me-

OPA DESPAMPANANTE

SEGUNDA SERIE.

VII

En honor del muy ilustre corresponsal de *La Aurora*, Juan Castro.

Anda, *menina*,
No embobadilla
Vas estar siempre dentro de casa
Fala que fala con tu *pepona*
Por ver si *podis* hacerla *bona*,
Mientras el *tempo* ligero pasa,
Y no escribimos:

CANALEJAS CAZADOR.

Los lectores de EL ZURRIAGO al leer el título de este trabajito creerán que Canalejas se fué al monte, escopeta al hombro, á cazar perdices ó liebres. No entiende Canalejas de estas *cacerías*. La caza bien; pero en el plato. El ex-ministro es de los que llevan por sistema cazar sentados y pescar á bragas enjutas.

¿Significará este título que Canalejas es gran cazador de testamentarias? Tampoco. Dios me libre de meterme en callejones

nos que al burgués sin entrañas que no se cuida de la indigencia del proletario

Por eso es cosa de indignarse ver cómo esos mismos que se erigen en directores de la clase obrera, para explotarla, á la vez que aparentan preocuparse tanto con la suerte del obrero, se desviven por proporcionarle incentivos para el vicio y la disipación.

Así vemos frecuentemente que el más exaltado socialista es acaso un tabernero á cuyo despacho acuden los pobres obreros, no á ilustrarse, como ellos creen, sino á embrutecerse con los vapores del alcohol y de las insanas doctrinas que allí les predica quizá el mismo tabernero ú otro por él alquilado para el objeto.

Y cómo no, si cada mitin supone para el industrial una venta extraordinaria que de otro modo jamás podría conseguir?

¡Hasta los cómicos (vergüenza da decirlo), hasta los cómicos viven y medran, en algunos pueblos, á costa de los obreros!

Sí, lector querido, tú que tantas veces habrás oído ponderar la estrechez de la clase trabajadora, asómbrate y escúchame:

Los socialistas de Mieres, es decir, la media docena de vividores de oficio que allí cobran el barato y manejan el cotarro socialista, han concebido una idea salvadora, un pensamiento sublime, digno de un boticario tronado, de un carpintero sin garlopín, de un maestro que blasfema y de un bárbaro barbero.

Para hacer á los obreros más llevadera su penuria y endulzar sus amarguras han llevado á Mieres una compañía de teatro á dar representaciones en el centro socialista!

¿Puede darse, ni concebirse siquiera idea más luminosa para sacar las últimas perrillas á los incautos majaderos que aún creen en semejantes redentores?

Si fueran los burgueses los patrocinadores de la *teatrada* serían de oír los socialistas en *vinagre*.

—¡Mirad, mirad obreros—dirían—cómo se divierten, cómo gozan y se recrean los burgueses á costa del pobre obrero! ¡Para vosotros el duro trabajo, la vivienda insana y el alimento escaso! ¡Para ellos, todo, todo!

Pero se trocaron los papeles, y ahí tienen ustedes á Trocas hecho un brazo de mar en *La Escupidera* de Vigil, dando cuenta de las representaciones y celebrando el éxito de la compañía.

Bien es verdad que la ocasión no podía ser más oportuna para que los obreros echaran una cana al aire...

Por espacio de más de un mes tuvieron allí mismo en huelga á los obreros de la mina *Poca Cosa*, y ¡claro! ya que aquellos pobres obreros no comían porque no cobraban, al menos que se divirtieran.

Y si ni eso pudieron hacer, porque el teatro cuesta dinero, y los huelguistas no lo tenían ni para pan, servíales al menos de consuelo el saber que mientras ellos pasaban hambre, sus compañeros pasaban deliciosamente el tiempo en el teatro adonde iban á llevar las pesetillas que la *solidaridad* reclamaba para... para Trocas...

El cual nos dice que «á todas las funciones concurrió mucha gente» y que «al estreno de *Electra* se calcula en 3.000 las personas que han asistido».

TRES MIL PERSONAS, no calculando más que á dos reales la entrada, pagaron 1.500 pesetas al teatro SOLO EN UN DIA.

Y como esas personas eran todas de la clase obrera, porque al CENTRO aquel no van los burgueses, resulta que gastaron doble más en una función de teatro los obreros de Mieres que cuanto las Agrupaciones obreras, todas juntas, pudieron reunir para socorro de los huelguistas de Cayés, por ejemplo.

Sí, ya lo han visto los lectores de EL ZURRIAGO, para ayudar á los compañeros de Cayés, que estuvieron en huelga treinta ó cuarenta días, sólo reunieron los obreros socialistas, con sus cajas de resis-

tencia, unas 550 pesetas en todo Asturias, y para una función sola de teatro salen en Mieres de los bolsillos de los obreros 1.500 PESETAS.

Lo repito ¡Qué vergüenza! ¡Qué sarcasmoll!

Y habrá todavía obreros que se lancen temerariamente á una huelga confiados en la ayuda de sus hermanos trabajadores, ni en las imaginarias cajas de resistencia?

Y ahora para concluir ¿quiere decirnos Juan Castro, ó Juan Trocas, cuánto reunieron para los huelguistas de *Poca Cosa* esos mismos obreros que tan generosamente soltaron la mosca en la taquilla del teatro del centro socialista de Mieres, durante el pasado mes?

¿Quiere?
¿A que nó?

DE CUERPO ENTERO

(VIGIL Y OTERO)

Recordarán los lectores de «EL ZURRIAGO» que hace tiempo andan á la greña *El Progreso de Asturias* y *La Aurora Social*, ó sean Otero y Vigil, tirándose los trastos á la cabeza y echándose mutuamente en cara verdades de á folio: todo cuanto EL ZURRIAGO les viene diciendo desde su aparición y mucho más que por pudor los zurriaguistas no se atreverían á decir.

Así es que realmente la labor de EL ZURRIAGO podía reducirse á copiar lo que Otero dice á Vigil y lo que Vigil replica á Otero, para dejarlos á ambos retratados de cuerpo entero, y como dicen los latinos *in puris naturalibus*.

Pero ya que esto no nos sea dado, vamos al menos á trascribir los trozos más salientes de la última carta que Otero publicó dirigida á su ex-compañero Vigil.

Para apreciar toda su importancia y valor no se olviden los lectores de que los mismos que tan despiadadamente se maltratan hoy son los amigos del alma que ayer iban al Juzgado cogiditos de la mano, el uno como demandado por calumnia y el otro como hombre bueno.

Dice así la carta:

Sr. D. Manuel Vigil.

Excompañero y excorreligionario mío: Cuando tengo que contender con algún petulante, vienen á mi memoria aquellas frases de Volney, según las cuales «la tontería de los hombres es una de las mayores calamidades que afligen á la Humanidad.» La contestación de usted á mis cartas oblige, bien á mi pesar, á repuntarle, en punto á tontería, como una desdichada calamidad social.

Pero ya que la sufren algunos obreros, —como los soldados bisonos sufren á los generales que les llevan á la pelea, sólo por el gustazo de *colgarse* una cruz,—no hay más remedio que dedicar dos líneas á su *contestación*, que viene, después de todo, á confirmar cuanto en mis cartas he dicho.

Vigil es concejal del Ayuntamiento de Oviedo por 85 votos obtenidos en dos secciones que suman unos 900 electores. Vigil fué compañero mío, como lo son todos los trabajadores,—hasta que abando-

nó el oficio en 1898 para dedicarse á socialista; y como «socialista» no quiere decir «trabajador» ni mucho menos, ahora no le puedo considerar compañero mío, sino excompañero—Vigil fué correligionario mío, porque antes de ser socialista era federal y, según me dije on, socio del Casino de Gijón, donde yo me inscribí en 1893. Tengo razón, pues, para llamarle excorreligionario.

Creo que no puede pedírseme mayor claridad; y por si hiciera falta, cabe añadir que el «comercio de libros» de que usted me habla en su *contestación*, lo hace un su *dependiente*, que trabaja para usted como pudiera hacerlo para cualquier empresario ó intermediario.

Todo esto resulta cierto, y no podía desmentirlo V., Vigil, como no podrá negar que en Mieres y otros puntos se confundió á las sociedades de resistencia con la agrupación socialista y que más de una vez se ha hecho uso de los fondos de las Sociedades para beneficiar la propaganda política. ¿Para qué quiere usted que le cite un solo caso, si puedo citarles muchos y alguno muy reciente?

Quedan, pues, en pié todas mis afirmaciones, contra cuya exactitud no bastan los torpes subterfugios á que usted apela para que, ya que no la convicción, perdue la duda entre los poco avisados obreros que le pagan á V. para que confeccione ese periódico, que tal parece el pasquín en que se reproducen semanalmente los inmarcesibles méritos que le hicieron acreedor á la subvención que como socialista percibe semanalmente.

Y ahora, vamos á sus embustes, ex-obrero Vigil. Negando V que los obreros de la Felguera no separaron la política de los asuntos del trabajo, *miente* á sabiendas, según he demostrado hasta la saciedad.

Diciendo que no se ha beneficiado de los fondos de las Sociedades de resistencia, *miente* también, porque todos sabemos de dónde salen las *misas* para congresos y otros menesteres.

Afirmando que la «verdadera política» es la política de clase, también *miente* usted si conoce algo de este asunto; y si no, es usted un pedante que habla de lo que no entiende.

Suponiendo V. que yo comprometí el dinero de mis amigos en empresas periodísticas, *miente* igualmente....

Como yo jamás he intervenido de un modo directo en la administración de las empresas periodísticas, como usted sabe perfectamente, los lectores habrán de reconocer que V., además de *embustero*, es un malvado.

Esta afirmación mía la corrobora usted al decir que yo fuí el principal traidor en la huelga de los tipógrafos de esta imprenta, cuando sin causa justificada y sin avisarme siquiera, abandonaron el trabajo. No, Vigil: los traidores, los cobardes fueron ustedes que, después de reconocer que los cajistas no tenían razón, les azuzaban para que persistieran en la huelga y me ofendieran en hojas sueltas, á fin de hacer imposible toda solución. Fueron ustedes los miserables que aconsejaban á los jóvenes cajistas que cometieran conmigo aquella tremenda injusticia, que yo les perdoné con una bondad de corazón que usted y sus cofrades son incapaces de comprender. Fueron ustedes los que, en la sombra, y desde el semanario socialista, les animaban á persistir, con la esperanza de que yo me pusiera enfermo por el exceso de trabajo. Ustedes fueron los que traicionaron á los tipógrafos, abandonándoles cuando ya no era posible vencerme. Fué ésa, solapado Vigil, una de tantas infamias vuestras.

Con ser tan grandes sus embustes y perfidias respecto de mí, todavía he de señalar uno, que revela su baja de al-

ma. Dice usted que no me afilié á ningún partido hasta que un compañero cajista me llevó al Casino federal, á donde llegaron, procedentes de Santiago, informados que me desacreditaban y que se ocultaron, «porque ya había dada yo una conferencia».

Ese procedimiento rastrero, es el que emplea usted siempre para inocular en los pobres obreros que le siguen, el odio á los que le estorban. Como la pérfida serpiente bíblica, lanza usted cobardemente en los oídos del obrero el qué dirán, lo que dicen y lo que V. dice que oyó.

Pero yo tengo derecho á decir que ese es un proceder canallasco, en tanto usted no publique esos informes que supone recibidos de mi pueblo y que, al parecer, me perjudican.

Para mentir, Vigil, también se precisa talento; y es claro que los que me conocen en Gijón, han de reirse de la torpe calumnia que V. desliza en su periódico.

Así, lanzando el veneno de la calumnia entre los infelices obreros, es como ustedes hacen prosélitos.

Y ya no tengo más que señalar otro *embuste*, el de que los obreros huyen de mí.

¿Cómo han de huír si nunca recabé de ellos favor, y en cambio me encontraron siempre dispuesto á defenderles en los momentos de peligro, precisamente cuando ciertos socialistas escondían el bulto cobardemente? ¿Por qué han de huír, si por defender á los obreros, sin distinción de ideas políticas, fui perseguido más de una vez y castigado en mi persona y en mis pequeños recursos?—Huirán los socialistas, los embaucados y los embaucadores á quienes estorba la razón y la verdad; pero eso, créalo V., no me da frío ni calor, porque á enemigo que huye, etcétera etcétera.

Termino reconociendo que en toda su *contestación*, hay una verdad: la de que yo soy un ignorante. Cierto; desde que gasté todo mi intelecto en enseñarle á usted unas pequeñas nociones de Gramática en el Ateneo Casino obrero de Gijón, ni siquiera me quedaron alcances para comprender la alta sabiduría y la modestia de usted. Los mineros sí la comprenden, y eso es lo que á usted le importa

JOSÉ C. OTERO.

Desde Lieres

Señor Director del Zurriago Social:

Estimáu Sr. mío: Aunque la mió pluma non foi cortá pa'nguillase por estes altures; aunque la perlesía fae de mín quantu se i meti pe la morra, y la mió mollera tampocu está ya pa más gromes que bonos alimentos y bones tayaes de carne pe la freba, con tou esu, Señor Director, voy, cuntái tou lo que pudí pesquisar, á forza de meter les narices per munches partes, respetu d'una fuelga que fexeron los trabayaores de estes mines de Lieres, ya faerá más d'un mes; pue ser que faiga dos, si non me ye fráxil la memoria.

Debía yo haber andao munchu más llistu pa diceilo, pos les cosas cuando más presten ye en caliente; peru, per un llau esti condergau de sallu y arriendu; per otru el andar pe los castañeos en busca de jueya pa mullir les vaques en corral y otros enreducos que hay per iquí al reor de casa, tráenme tan tareau que non me foi posible andar más llixeru.

Así ye, que, confiau n'aquel dichu de los vieyos «más val tardi que nunca», voy encomenzái la historia, pa que sepan los dinos lleutores de so apreciáu pediorciu

